

# Los Trabajadores del Mar

PARIS —El viaje le impone al viajero un deporte totalmente desconocido para un sedentario: el deporte de estudiar rostros humanos.

Hace apenas dos días que estamos navegando a bordo del Queen Elizabeth, con rumbo a Cherburgo, y ya casi hemos agotado el muestrario viviente de todos los rostros que han produ-

sido sobre todos los tipos humanos enfáticos, y a pesar de sus aventuras coloniales han conservado esa armonía profunda del hombre con el paisaje que ha sido hasta hoy una de las concepciones más notables de la pintura.

Puede ser que el clima sea la incomodidad humana por excelencia; el elemento inestable, aunque resulta no-

USC UNIVERSIDAD DEL  
SAGRADO CORAZÓN

## NOTA

**Este documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en la Sala de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.**

¡Qué muchos somos y qué distintos. Basta observar un momento a esta hermosa mujer para quien parece que fué escrito El Cantar de los Cantares. para darnos cuenta que todo el mundo artificial creado por Monsieur Paquin, Monsieur Cartier, Monsieur Antoine, el masajista sueco, el pedicurista chino, el miniaturista japonés, no ha podido aún con esta nostalgia racial por excelencia, que para cada pueblo ha creado la poesía. Se ha pasado casi toda la mañana de pie, frente a un mar que se reproduce a sí mismo, en la suave misericordia de una inútil inmensidad, y sin embargo, parece que está tendida sobre una estera, buscando en un horizonte vacío una nueva razón para subsistir.

¡Qué muchos y qué distintos! La primera gran diferencia humana no la crea el clima, ni el suelo, ni el puerto de mar o el desierto; la pri-

mera gran diferencia humana.

"Mi amigo, acabo de ver a una gringa en el 'swimming' que es una mujer estupenda. Con una mujer como ésa, el panamericanismo puede ser un éxito."

"Yo he estado en acecho de una princesa rusa, pero no he logrado toparme con ella."

"Debe ser la mujer de un barbudo que anda por ahí, capaz de matar a un niño de susto."

**Pero cuando la lluvia impone su lento húmedo sobre las cubiertas, los**

bares se encuentran poblados por una serie de rostros tropicales, amortiguados, que se frotan las manos silenciosamente. Ahora los que gesticulan y rien, son estos corpulentos y rojizos nortños—noruegos, finlandeses, irlandeses, belgas, alemanes, hasta franceses fronterizos, para quienes las brisas heladas del norte vienen perfumadas por